

**UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR  
FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**



**EL APORTE DE JULIO FAUSTO FERNÁNDEZ EN LA COMPRENSIÓN  
DEL DOLOR HUMANO.**

**PRESENTADO POR:**

**MARCOS ADONAY HENRIQUEZ ZAMORA**

**DUE:**

**(HZ13003)**

**INFORME FINAL DEL CURSO DE ESPECIALIZACIÓN "ANÁLISIS DEL  
DISCURSO" PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN  
FILOSOFÍA.**

**DOCENTE DEL CURSO DE ESPECIALIZACIÓN:**

**DOCTOR JOSÉ OSCAR BENJAMÍN PONCE PÉREZ.**

**COORDINADOR GENERAL DEL PROCESO DE GRADO:**

**LICENCIADO RICARDO ADAN MOLINA MEZA**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, DR. FABIO CASTILLO FIGUEROA, SAN  
SALVADOR CENTRO, EL SALVADOR, CENTROAMÉRICA, NOVIEMBRE  
DE 2024**

**AUTORIDADES UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR**

INGENIERO JUAN ROSAQUINTANILLA  
RECTOR

DOCTORA EVELYN BEATRIZ FARFÁN  
VICERRECTOR ACADÉMICO

MAESTRO RÓGER ARMANDOARIAS ALVARADO  
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

LICENCIADO PEDRO ROSALÍOESCOBARCASTANEDA  
SECRETARIO GENERAL

LICENCIADA ANA RUTH AVELAR  
DEFENSORA DE LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS

LICENCIADO CARLOS AMÍLCAR SERRANO RIVERA  
FISCAL GENERAL

**AUTORIDADES FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

MAESTRO JULIOCÉSAR GRANDE RIVERA

DECANO

MAESTRA MARÍA BLAS CRUZ JURADO

VICEDECANA

MAESTRA NATIVIDAD TESHÉ PADILLA

SECRETARIO

MAESTRA SANDRA LORENA BENAVIDES DE SERRANO

DIRECTORA ESCUELA DE POSGRADO

**AUTORIDADES DEL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

MAESTRO MAURO GUANDIQUE

JEFE DE DEPARTAMENTO

DOCTOR ÓSCAR PONCE

COORDINADOR DEL PROCESO DE GRADO

## **Agradecimientos**

Agradezco a todos aquellos y aquellas que me ayudaron a alcanzar mi meta de graduarme, especialmente a la Universidad de El Salvador (UES) y a todas sus autoridades y docentes del Departamento de Filosofía.

## ÍNDICE

RESUMEN .....	7
INTRODUCCIÓN .....	8
JUSTIFICACIÓN.....	11
Consideraciones preliminares .....	12
Objetivos. ....	18
Metodología. ....	19
Capítulo I: Biografía mínima e itinerario intelectual de Julio Fausto Fernández. ....	20
Obras: .....	28
Línea de tiempo:.....	28
Capítulo II: Ubicación de <i>Radiografía del dolor</i> en la obra general del autor. ....	31
<i>El existencialismo. Ideología de un mundo en crisis.</i> ....	31
<i>Del materialismo marxista al realismo cristiano.</i> ....	39
Capítulo III: Acercamiento comprensivo al <i>misterio</i> del dolor.....	47
Capítulo IV: Crítica y conclusión. ....	59
Crítica.....	59
Conclusión. ....	60
Bibliografía. ....	61

## RESUMEN

El presente trabajo analiza la obra *Radiografía del dolor*, en la que el autor salvadoreño Julio Fausto Fernández ofrece una visión profunda y filosófica del dolor como parte esencial de la existencia. A diferencia de enfoques científicos o racionalistas, Fernández concibe el dolor como un fenómeno cósmico y humano, que trasciende lo físico y se convierte en una experiencia espiritual y existencial. Fernández sostiene que el dolor está presente en toda la creación, y que el ser humano no sólo lo experimenta, sino que lo encarna: “El hombre es la personificación del dolor”. Esta perspectiva está influenciada por corrientes como el existencialismo, el personalismo, el pensamiento cristiano, y la espiritualidad oriental, particularmente el budismo. En su análisis, también recurre al psicoanálisis de Carl Jung y a autores como Miguel de Unamuno, Pascal y Gabriel Marcel. Esta investigación destaca cómo el pensamiento de Fernández evoluciona desde una postura marxista hacia un realismo cristiano, alejándose del materialismo dialéctico por considerar que promueve una ética basada en el odio de clases. En cambio, su enfoque posterior defiende una ética centrada en la persona humana y en la búsqueda del sentido desde la fe y la introspección. La investigación concluye que *\*Radiografía del dolor\** sigue siendo una obra vigente, ya que ofrece herramientas para comprender el sufrimiento no como algo a evitar, sino como una vía para el crecimiento interior. El texto es útil para investigadores y lectores interesados en una filosofía que une razón, fe y experiencia humana, y que busca respuestas al misterio del dolor desde múltiples tradiciones culturales y espirituales.

***Palabras clave:*** dolor, fe, existencia, budismo, cristianismo, existencialismo, filosofía salvadoreña.

## INTRODUCCIÓN

Hablar del dolor humano es adentrarse en uno de los aspectos más universales y complejos de la experiencia vital. Pocas realidades han inquietado tanto a filósofos, teólogos, científicos y artistas como el sufrimiento. En la búsqueda de sentido, el dolor se ha constituido como una frontera entre lo comprensible y lo trascendente, entre lo que se puede explicar y lo que únicamente puede experimentarse. Esta tensión es precisamente el terreno en el que se sitúa la obra *Radiografía del dolor* del filósofo salvadoreño Julio Fausto Fernández, quien se propuso, más que ofrecer una explicación sistemática del sufrimiento, invitar al lector a una comprensión íntima, existencial y espiritual de esta condición inherente al ser humano y al cosmos.

La presente investigación parte de la premisa de que el pensamiento de Julio Fausto Fernández representa una valiosa aportación al estudio del dolor, no sólo por su contenido filosófico y teológico, sino también por su enfoque profundamente humano. Desde una mirada que trasciende el positivismo y el racionalismo clásico, Fernández propone que el dolor no es un accidente del vivir, sino una constante estructural que atraviesa la materia, la vida y el espíritu. El dolor, en sus palabras, es anterior al hombre; la materia es su asiento, la vida su vehículo y el espíritu humano, su conciencia. De allí que concluya que el hombre no sólo sufre, sino que es, en esencia, la personificación del dolor.

En un contexto donde las visiones materialistas dominaban gran parte de la discusión filosófica y política, Julio Fausto Fernández vivió un proceso de transformación ideológica que lo llevó del



marxismo al tomismo cristiano. Este tránsito no fue sólo una conversión personal, sino un cambio profundo en su manera de concebir al ser humano y su lugar en el universo. En sus primeras obras, como *El existencialismo: Ideología de un mundo en crisis* (1949), Fernández critica las corrientes irracionistas contemporáneas, sin embargo, ya en *Radiografía del dolor* se permite dialogar con muchas de ellas, en especial con el existencialismo de Unamuno, el psicoanálisis de Jung y la fenomenología espiritual de Gabriel Marcel. Este giro demuestra que su interés por el dolor no es un tema aislado, sino el resultado de una evolución filosófica que buscaba reconciliar la razón con la experiencia, la fe con la condición humana.

El objetivo de esta investigación es triple. En primer lugar, se busca exponer de manera clara y ordenada los planteamientos centrales de *Radiografía del dolor*, de modo que puedan ser útiles para otros investigadores o lectores interesados en conocer el pensamiento de este autor salvadoreño. En segundo lugar, se pretende ubicar esta obra dentro del desarrollo intelectual de Fernández, rastreando las influencias que lo formaron y cómo estas se articulan en su comprensión del dolor. Finalmente, se explorará la vigencia de sus ideas en la actualidad, considerando la relevancia que tiene el sufrimiento humano en un mundo marcado por la violencia, la desigualdad y la deshumanización.

En *Radiografía del dolor*, Fernández se distancia deliberadamente de las explicaciones meramente científicas o doctrinarias. Por supuesto, su libro no es un tratado filosófico ni un manual teológico, sino una invitación a superar enfoques parciales sobre “el más universal y humano de los temas”. El dolor, para él, no puede ser reducido a una patología ni a un simple objeto de estudio: es un misterio. Y como tal, requiere un abordaje que integre razón, espiritualidad, experiencia y compasión. Su

reflexión está, por tanto, impregnada de una visión antropológica profundamente personalista: el ser humano no es sólo racionalidad, sino también sensibilidad, límite y deseo de eternidad.

Abordar el pensamiento de Julio Fausto Fernández y su obra *Radiografía del dolor* implica abrirse a una reflexión profunda sobre lo que significa ser humano. Esta investigación no solo pretende exponer sus ideas, sino también generar un espacio de diálogo con quienes buscan comprender el sufrimiento desde una mirada integral y esperanzadora. En tiempos donde el dolor abunda y muchas veces se banaliza o se evade, redescubrir el valor filosófico, ético y espiritual del sufrimiento puede ofrecernos claves para vivir con mayor sentido, dignidad y compasión.

## JUSTIFICACIÓN

El fenómeno del dolor es humano y universal es, hasta el momento, un problema inagotable para el análisis filosófico. Queda mucho por conocer del dolor, sobre las maneras en que se manifiesta, sus razones y su sentido. Por eso es conveniente pasar revista de los análisis y posibles soluciones que han aportado los diferentes estudios y enfoques a lo largo de la historia, ya que dejaríamos de ser humanos si ya no problematizáramos nuestro propio dolor y el dolor de todo lo que nos rodea. Aunque sea algo de lo que todavía no tenemos solución, la experiencia existencial del fenómeno lo vuelve ineludible para nuestras vidas.

Si acaso el fenómeno del dolor no fuera suficiente para justificar una investigación de esta naturaleza, sí lo sería a nivel académico el estudio, comprensión y exposición de la obra de un filósofo salvadoreño del cual no existe mucho material orientado a abordarlo, mucho menos a agotarlo. Los estudios académicos y culturales en El Salvador todavía tienen una deuda enorme con los pensadores y escritores salvadoreños, ya que pocas veces se les aborda de manera crítica, metódica y analítica, reduciéndose (muchas veces) al mero comentario libre todo lo que se encuentra sobre ellos.

Con este estudio se piensa dar un paso adelante en el ámbito de la recensión rigurosa de las grandes obras del pensamiento filosófico en El Salvador. Y si acaso no resulta ser un estudio concluyente o completamente satisfactorio, de todas formas, establecerá un precedente para que otros investigadores puedan profundizar o reformular el enfoque de estudio y los resultados que aquí se presentan.

## Consideraciones preliminares.

Lo primero de lo que hay que dar cuenta es la temática: el dolor humano. El dolor es sin duda uno de los temas más recurrentes y esenciales de la vida humana, y Julio Fausto Fernández, en su libro *Radiografía del dolor*, procura no tanto analizar el fenómeno con lupa de cientista o de filósofo racionalista, sino acercar al lector a una consideración menos parcial sobre la experiencia del dolor:

este no será un tratado científico y menos un manual filosófico o teológico sobre el dolor, sino un intento de superar puntos de vista parciales y enfoques limitados, sobre el más universal y humano de los temas, el tema perpetuamente nuevo y multifacético del dolor. (Fernández, 1964, p. 17).

Pero no sólo se trata del dolor humano, sino también el dolor del universo, ya que Julio Fausto cree que el dolor está en todo el cosmos, y el hombre es sólo su personificación:

El dolor, el dolor cósmico, fue antes que el hombre: la materia es su asiento; la vida (todo lo corruptible y sujeto a caducidad), es su vehículo. El espíritu humano es tan sólo la conciencia del dolor. El hombre (cuerpo con vida y con espíritu) es la personificación del dolor. Tal es la jerarquía del dolor. (Ibid., p. 14).

Lo que se propone esta investigación es, en **primer lugar**, efectuar una exposición que reseñe satisfactoriamente los conocimientos, dudas, planteamientos y conclusiones que el autor pretende comunicarnos en su libro, con el fin de que dicha exposición sirva como una herramienta pedagógica para futuros investigadores que principian en conocer al gran intelectual salvadoreño.

En **segundo lugar**, se pretende ubicar el texto y la problemática dentro de la producción ensayística del autor, con el fin de comprender mejor la evolución de su pensamiento y el momento que nos ocupa. Esta segunda etapa plantea dos dificultades: la identificación de la comunicación de esta obra con otras de su misma autoría, y la intertextualidad o influencia que pueda tener el libro con las

influencias que más importancia tuvieron para su concepción. Es decir, para mejorar la comprensión del título abordado, se pretende determinar su función en la trayectoria total de la evolución intelectual del autor, al mismo tiempo que se intenta identificar con qué otras obras de otros autores comparten ideas afines o incluso antagónicas, ya que todo eso determina la creación de un texto y la evolución del pensamiento de quien lo ha producido.

Todo esto, se reitera, es con el objetivo de asegurar la comprensión del texto. En este momento de la investigación, se dará prioridad a libros de tránsito y de viraje entre el pensamiento marxista y el tomista, ya que es este giro lo que desembocará en el interés por el dolor y su enfoque de tratamiento en el quehacer intelectual de Julio Fausto Fernández. Por lo tanto, se emplearán dos libros fundamentales al respecto: *El existencialismo: Ideología de un mundo en crisis* (1949), *Del materialismo marxista al realismo cristiano* (1952) y, en menor medida, *Homenaje a Maritain* (1976).

De parte de los libros con los que dialoga *Radiografía del dolor*, ya sea por similitud de ideas, referencias directas o afinidad de motivos/causas, resultan clarísimos los canales que vienen del filósofo y literato español Miguel de Unamuno, así como de las lecturas en común que existen entre ambos, como la del matemático, físico, filósofo y teólogo francés Blaise Pascal. En el caso de Unamuno, es difícil omitir la concordancia de los planteamientos de Julio Fausto Fernández con las del agonista vasco; prueba de ello es la siguiente cita que hace el autor salvadoreño en la *Radiografía del dolor* (Ibid., p. 16):

Para amarlo todo, para comprenderlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece. Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante, y en cuanto nos lo es, y tanto más cuanto más se nos asemeja, y así crece nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas

que con nosotros tienen. O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor. (Unamuno, 1951, p. 854).

De esta cita también se desprende una vinculación un poco nublada con el personalismo, corriente filosófica a la que suele ser vinculado a Miguel Unamuno, además del pragmatismo y el existencialismo. Dado que Julio Fausto no encuentra en el marxismo una ética satisfactoria, es posible que tenga que replantearse el problema por otras vías:

Poco a poco fui viendo con mayor claridad, que el fundamento de la ética marxista es el odio del proletariado hacia el burgués, pero no al burgués abstracto, al burgués tomado como categoría social, (sino como lo dice Marx expresamente) a la persona del burgués, al hombre de carne y hueso. (Fernández, 1976, p. 30).

Como podemos ver, el concepto de “persona” es el que Julio Fausto Fernández percibe como determinante para la construcción de una ética, porque es en defensa de aquella que se ha creado ésta. Es ahí donde lo concreto comienza a concebirse de manera diferente en su quehacer filosófico, y por eso va a diferenciar el materialismo (concepción racionalista, en buena medida abstracta) del realismo, hasta el punto de sentirse descontento del método dialéctico cuando se adapta del idealismo al materialismo. Su crítica llegará mucho más lejos de las que llegó a formular Enrique Dussel en su *La Producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. Confirmemos la crítica de Fernández (Ibíd., p. 32):

Al comparar la dialéctica idealista de Hegel con la dialéctica materialista de Marx, comprendí que partiendo, como lo hace la primera, de la base de que el universo es un producto de un proceso de

pensamiento operado por la Idea Absoluta, la cual, para decirlo de algún modo, es una especie de demiurgo formador del mundo, el proceso dialéctico resulta enteramente lógico, por cuanto las fases de afirmación, negación y síntesis, son generalmente etapas del raciocinio; en cambio, resulta absolutamente ilógico afirmar, como lo hace la dialéctica materialista, que la evolución de los procesos materiales sigue paso a paso las mismas etapas que un proceso de raciocinio: lo que en la filosofía panlogista de Hegel es la evidente conclusión de las premisas de que parte, resulta absurdo en la dialéctica materialista de Marx. La materia, debido a su estructura ontológica, no puede evolucionar en la misma forma en que se desarrolla un proceso lógico de raciocinio.

Y no es sólo esto lo que de repente vincula, al menos en cierto grado, a Julio Fausto Fernández con el personalismo filosófico. Algunas de sus ideas, y las categorías que emplea, son homologables a la del personalista Gabriel Marcel, lo que nos llevaría a teorizar que también ciertos logros del filósofo francés pueden servir a esta investigación para comprender de mejor manera las ideas del libro que se está proponiendo investigar en este documento. Cabe recordar que Julio Fausto llama (1964, p. 11) “misterio” al fenómeno que pretende investigar, y la de *misterio* es una categoría clave en la filosofía de Marcel.

Esto nos lleva a recordar la vinculación de Unamuno, Marcel e incluso Pascal a la corriente de pensamiento llamada “existencialismo”. De hecho, el propio Marcel nos habla de la “solidaridad estrecha entre las preocupaciones existenciales y las preocupaciones personalistas” (Ibídem.). Julio Fausto Fernández, como intelectual consciente de las tendencias en boga dentro del pensamiento filosófico y literario, estudiaba el existencialismo y había formado su opinión al respecto, la cual fue invitado a publicar, llegando a ver la luz en Uruguay su libro *El existencialismo: Ideología de un mundo en crisis*, cuando todavía era un comunista declarado (1949). En dicho libro, se alude frecuentemente al pensamiento de Jean-Paul Sartre, filósofo que puso de moda el existencialismo, y no es coincidencia que el dolor sea concebido como un “límite”, un “vacío”, una “oquedad”, una

“privación”, pues el encuentro con la *nada* no es ni mucho menos un mero descubrimiento de Sartre, sino un sentimiento que ha acompañado al ser humano probablemente desde sus orígenes como especie, y que ha venido a tener conciencia de sí mismo desde Kierkegaard y Nietzsche, ya que, en realidad, lo que se estaba descubriendo para la razón como un mero acercamiento, no es más que la experiencia de la finitud, nublada de manera mucho más eficiente en la era moderna de la civilización occidental.

Es así como Julio Fausto Fernández se acerca al existencialismo, o, por lo menos, sus ideas mantienen afinidad con ciertas ideas de los filósofos de la existencia, algunos de ellos también cristianos y estudiosos de Santo Tomás. Sin ir tan lejos, ya se ha mencionado la deuda que tiene Julio Fausto con Heidegger en lo que respecta a la crítica de la modernidad (Guandique en AA. VV., 2007, p. 50), en la que también se percibe, de una de tantas formas, esa confrontación con la nada: “Lo más triste del caso es que el progreso técnico, contrariamente a lo que soñaron los hombres del siglo XIX, no ha dado, ni puede dar a la humanidad la anhelada felicidad” (Fernández, 1976, p. 40).

Por lo tanto, la comprensión y la liberación del dolor no vienen por vía de un progreso de las ciencias objetivas, sino, por el contrario, del cultivo de esa “razón del corazón”, del cultivo de lo irracional subjetivo. Cabe mencionar que el existencialismo también está ligado fuertemente a expresiones literarias tales como la poesía, el teatro o la novela, formas de expresión artística que se alejan de la rigidez de la ciencia o de buena parte de la filosofía, lo que viene a constatar una coincidencia entre los criterios de Julio Fausto y esta corriente de pensamiento.

Por su parte, las referencias al Oriente, especialmente a Buda, también están a flor de piel, aunque igualmente resultarán de importante ayuda algunas obras más de la tradición hinduista que ya hacen un análisis del dolor y plantean una solución, como, por ejemplo, el *Bhagavad-Gītā*. También se echará de ver a la vista la *Biblia*, dada la orientación cristiana del autor.



De esta forma, la presente investigación se apoyará de textos tales como *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* de Miguel de Unamuno, *Pensamiento* de Pascal, obras de Gabriel Marcel que vengán al caso, como lo es *Ser y tener*, y las ya citadas de Julio Fausto Fernández.

Y en **tercer y último lugar**, se pretende hacer balance de las ideas propuestas por Julio Fausto Fernández en el libro mentado; es decir, se procurará determinar en qué sentido y de qué manera sus ideas siguen siendo útiles para la vida y el pensamiento humano de nuestra época. Se realizará un contraste con la realidad en el cual se verá si sus ideas todavía son válidas y si pueden ser aprovechadas de alguna manera, sobre todo teniendo en cuenta de que la segunda etapa del pensamiento del autor, una vez ha abandonado el marxismo leninismo y abrazado el tomismo aristotélico, suele ser un poco menospreciado y menos retomado para la investigación de la realidad nacional.

Por lo tanto, la estructura del desarrollo de la investigación quedará se propone de la siguiente manera:

1. Datos biográficos del autor.
2. Ubicación de *Radiografía del dolor* dentro de la obra general del autor.
3. Exposición de *Radiografía del dolor* apoyándose en las fuentes de las que se nutre.
4. Balance de *Radiografía del dolor*.

## Objetivos.

*Objetivo general:* exponer de manera clara, concisa y rigurosa las ideas, argumentos, teorías e intuiciones que Julio Fausto Fernández plasma en su libro *Radiografía del dolor*.

*Objetivos específicos:*

1. Ubicar de manera satisfactoria el lugar que ocupa el libro *Radiografía del dolor* en la evolución del pensamiento del autor, para comprender de mejor manera su razón de ser.
2. Identificar con acierto las fuentes de las que se nutren las ideas del libro *Radiografía del dolor*, con el fin de que la intertextualidad y el diálogo entre diferentes obras, nos den herramientas analíticas que optimicen la interpretación del texto. Entre las obras a identificar, se tendrá en cuenta tanto obras del autor como obras de otros autores.
3. Confirmar el posible vínculo o afinidad del pensamiento de Julio Fausto Fernández en esta etapa de su carrera, con el personalismo y el existencialismo de autores como Miguel de Unamuno y Gabriel Marcel.
4. Hacer balance de lo que la obra *Radiografía del dolor* todavía aporta o no a la comprensión y transformación de la realidad actual del ser humano en general, y de la sociedad salvadoreña en particular, ya que ningún conocimiento es tal si no aporta, de alguna manera, a la transformación del mundo en el que vivimos y de la vida que llevamos. Si todavía nos aporta algo, será bienvenido; si no, entonces tendremos el conocimiento de saber en qué no nos aporta la obra, sin descartar de que en el futuro se le pueda encontrar otra utilidad.
5. Aportar un texto de utilidad informativa que estimule futuras investigaciones al respecto.

## Metodología.

Dado que el objetivo principal que se propone este trabajo es reseñar, emplearemos principalmente el método expositivo-argumentativo, descrito en el libro *Cómo escribir textos académicos según normas internacionales*, de Francisco Moreno, Norma Marthe y Luis Alberto Rebolledo. Y dentro del marco de esa noble aspiración, procuraremos, además de las descripciones indispensables, analizar y emitir juicios críticos que nos permitan plasmar una valoración del contenido de la obra.

Dado que también se piensa dar cuenta de los textos e ideas que nutren el texto y con los cuales dialoga, se empleará además el método hipotético-deductivo, que servirá para identificar las afinidades y similitudes entre rasgos fundamentales de la filosofía de otros autores, corrientes y tradiciones.

De todas formas, la presente investigación queda abierta para adoptar algún otro método que vea pertinente en el curso del quehacer investigativo, ya que ninguna investigación tiene que ser tan cerrada que no pueda variar sus herramientas y hasta sus propósitos en aras de la verdad.

## Capítulo I: Biografía mínima e itinerario intelectual de Julio Fausto Fernández.

Julio Fausto Fernández nació el 17 de julio de 1913 en la ciudad de Berlín, situada en el departamento de Usulután, en el hogar formado por el médico José Antonio Fernández y doña Blanca Padilla de Fernández, que se dedicaba a las tareas domésticas.

Hizo sus primeros estudios en el Instituto Católico de Oriente, de la ciudad de San Miguel. Sus estudios secundarios los realizó en el Liceo San Luis de la ciudad de Santa Ana, ya que su familia había mudado su domicilio hasta esa ciudad del occidente del país. El propio Julio Fausto Fernández destaca la enorme importancia que tuvo en su carrera intelectual su paso por dicha institución:

En el liceo San Luis, entonces bajo la dirección inmediata de Don Manuel Farfán Castro, selectos profesores sabían despertar nobles ideales y el buen gusto literario entre los estudiantes de secundaria. Ello dio lugar a una impetuosa floración de inquietudes juveniles: fue creado un Comité Estudiantil Pro-Sandino, que llegó a hacer llegar al héroe glorioso más de dos mil colones; fue fundada una asociación juvenil de apoyo a las exposiciones industriales. Surgieron varios cenáculos literarios y círculos políticos. Algunos periódicos redactados en las aulas del San Luis llevaron a la calle la voz auténtica (sin censura oficial ni corrección docente) de los estudiantes que cursábamos la educación media. En el precursor de aquellos periódicos estudiantiles, titulado *La Onda*, hice mis primeras armas periodísticas y el de más larga vida, de nombre *Juventud*, dirigido por mí, consumió mis fuerzas intelectuales. (Fernández, 1976, p. 21).

Fue en dicha institución en la que surgió en él esa tendencia inicial a la lucha de clases, que le llevó a un posterior estudio y crítica del marxismo: “todo lo que he escrito desde 1930 a la fecha, ha estado inspirado más o menos directamente en el materialismo dialéctico, también creo que es verdad que hoy creo que estaba equivocado en muchísimas cosas” (Fernández, 1960, p. 44).

No es hasta su ingreso a la Universidad de El Salvador cuando por fin comienza a estudiar con seriedad los clásicos del pensamiento marxismo y otras obras afines. Menciona (Ibidem., pp. 22-24) haber leído *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, además de un tratado marxista del cual no recordaba su nombre (posiblemente uno de los tantos manuales soviéticos que desde entonces ya comenzaban a difundirse por todo el mundo) y algunas obras de León Trotski, incluidas críticas agudas a Stalin. “Me entusiasmaba más la teoría de la revolución permanente del primero que la doctrina de la construcción del socialismo en un solo país atribuida oficialmente al segundo” (Ibidem.).

Su trabajo en la UES sería, entonces, un paso enorme en el afianzamiento de su línea ideológica, que, aunque no sería la definitiva, tendría una gran incidencia en su trayectoria intelectual y filosófica. Fue un estudiante destacado: en 1932 ya era presidente de la Asociación General de Estudiantes Universitarios AGEUS, y para el año 1935 se convirtió en el redactor del periódico *Opinión Estudiantil*, mismo año en que publicó *A propósito de la reforma universitaria*, discurso pronunciado en el paraninfo de la UES y que apareció impreso bajo el sello de la Editorial Nosotros.

Julio Fausto es uno de los intelectuales salvadoreños a los que tocó ser testigos de uno de los eventos más relevantes de la historia nacional; y como nuestra historia tiene la particularidad de estar urdida con el hilo de la violencia, no podía ser otro acontecimiento que el de una matanza: el levantamiento campesino de 1932 que fue crudamente reprimido por el Ejército y la Guardia Salvadoreña. Dada su preparación filosófica marxista, Julio Fausto asumió una posición combativa con respecto a las acciones militares del momento:

Sobrevino después la terrible catástrofe social de enero de 1932: el odio, la desconfianza y el temor reinaban en el seno de la nunca como entonces tan desunida familia salvadoreña. El terror era general. Sin embargo, pasados algunos meses y después de dos o tres tímidos ensayos, un reducido

número de estudiantes nos aventuramos a publicar en Santa Ana el semanario "Rumbo ", de carácter literario, pero que de cuando en vez acogía en sus páginas artículos con intención social, tal como uno que yo publiqué bajo el título de "Todos somos culpables" y en el cual sostenía, bajo el influjo ideológico de Tolstoi, que todos los salvadoreños habíamos sido responsables de los sangrientos sucesos de enero, porque, unos por acción, palabra o pensamiento, y otros por omisión, todos habíamos contribuido a la creación de una situación histórica en lo económico, en lo cultural y en lo político. "Rumbo" publicaba una literatura que hoy, sin duda, sería llamada "literatura de protesta". (Romero, 2002, p. 24).

Refiriéndose a los únicos dos números de *Opinión Estudiantil*, Julio Fausto relata que publicó en el primer número un análisis sociopolítico sobre la tragedia de 1932, titulado "A la sombra del Zapote". Como era de esperarse, el Gobierno tomó medidas represivas al respecto: "vinieron enseguida la clausura de 'Opinión Estudiantil', las manifestaciones de protesta, las hojas sueltas impresas en multigrados, la persecución de los redactores de aquellas y de éstas; finalmente nueve largos años de destierro para algunos de nosotros" (Ibíd. p. 27).

De esta manera, Julio Fausto Fernández y todos los involucrados en la redacción de *Opinión Estudiantil* quedan como uno de los pocos ejemplos en los que los intelectuales se atrevían a desafiar el gobierno de Martínez, una vez entrada en vigencia la nueva Ley de Imprenta, apodada "Ley de los Siete Candados", sufrida también por otros valientes, como el director del periódico *Patria*, Alberto Guerra Trigueros, que había retomado el impreso tras el deceso de Masferrer (Cuéllar-Barandiarán, 2016, p. 134).

Todo esto hizo que Fernández comenzara a adquirir cierto prestigio político y académico, lo que le valió el honor de pronunciar su célebre discurso *A propósito de una reforma universitaria* frente a

autoridad universitarias, docentes y estudiantes. Las madureces en sus palabras ya denotaban un crecimiento intelectual de valía.

En 1935 ingresó al Partido Comunista Salvadoreño, y un año después, tras permanecer cinco años en la UES, se vio obligado a marcharse del país y radicarse en México, dada la persecución del régimen de Martínez hacia todo lo que fuera o aparentase “comunismo” y hacia todo aquel que criticase con propiedad sus políticas.

Sin embargo, su exilio en México acabó siendo una valiosísima oportunidad para seguir formando su enorme talento, algo que, por supuesto, logró Julio Fausto. Era la época de la gran revolución educativa que llevó a cabo el filósofo José Vasconcelos, cuando Lázaro Cárdenas ocupaba la presidencia mexicana. El ambiente social, político, intelectual, artístico, etc., de México, eran completamente propicios para el cultivo de cualquier estudiante. Fue precisamente en la Universidad Autónoma de México (UNAM) donde Julio Fausto Fernández culminó sus estudios de derecho en 1939:

México gobernado a mi llegada por Lázaro Cárdenas y después por Ávila Camacho, junto con el gran corazón de su pueblo, me abrió las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de la escuela Nacional Superior y las acogedoras salas de las numerosas bibliotecas del distrito federal: escribí poco, leí mucho y seguí muy de cerca el proceso político social mexicano al que Cárdenas dio nuevo y vigoroso impulso. (Romero, 2002, p. 27).

El elevado nivel de los docentes de la UNAM, algunos de ellos extranjeros, propiciaron otro crecimiento considerable en nuestro autor, pero no dejaba de ser una continuidad de todos sus estudios hechos en El Salvador:

mi inclinación hacia los estudios filosóficos no era improvisada, venía de lejos; ya en mis años de estudiante santaneco y casi siempre en compañía de algún amigo, leía a Unamuno. *Agonía del*

*cristianismo* me acusó mayor impresión que *Del sentimiento trágico de la vida* y que *La vida de don Quijote y Sancho*; [leía además] a Ortega y Gasset, a Spengler y a Nietzsche, amén de Ingenieros, a quien ya he mencionado. En México había leído y escuchado a don Antonio Caso; fue profesor de filosofía del derecho el inolvidable maestro Recassens Siches, con quien hice, además, un curso de posgraduado. Asistí a las lecciones de García Maynes. Seguí un seminario sobre Heidegger dirigido por don José Gaos; fui asiduo asistente a las conferencias patrocinadas por el Colegio de México en sus primeros años de vida; estudié historia de la filosofía, principalmente en las obras de Bertrand Russel. (Ibíd., p. 34).

Con las referencias que el autor apunta, podemos deducir que conocía muy bien la crítica a la modernidad, siendo algunos de sus referentes precisamente Nietzsche y Heidegger. Escribe Julio Fausto:

La ciencia, la flor más delicada de la inteligencia del hombre, crece hoy al borde del aniquilamiento de toda civilización. [...] Lo más triste del caso es que el progreso técnico, contrariamente a lo que soñaron los hombres el siglo XIX, no ha dado, ni puede dar a la humanidad la anhelada felicidad. (Ibíd., p. 40).

Como uno de los primeros críticos de la modernidad en El Salvador, es comprensible que a Fernández no lo terminara de convencer la noción de “progreso”, ya fuera la vendida por la burguesía o la que proponían los grandes ideólogos del marxismo-leninismo.

En resumen, los años que nuestro autor vivió en México le permitieron tener una perspectiva filosófica, política y social mucho más amplia, estudiando las corrientes de pensamiento más influyentes del momento, de la mano de maestros de primer nivel. Julio Fausto ya no podía volver a ser el mismo.



Caído el régimen de Maximiliano Hernández Martínez, Julio Fausto Fernández regresó a El Salvador, continuando con su preparación académica en la Universidad Autónoma de El Salvador, hasta doctorarse en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en marzo de 1945.

Sin embargo, la situación sociopolítica en el país estaba lejos de estabilizarse, por lo que la represión continuaba a la orden del día. Es así como Fernández vuelve a salir exiliado en 1946, esta vez rumbo a Costa Rica, para luego trasladarse a Guatemala, donde se vivía la gran revolución liberal iniciada por Juan José Arévalo y continuada por Jacobo Arbens, derrocado en 1954 durante una intervención norteamericana. En donde quiera que estuviera, Julio Fausto se mantenía produciendo, y gozaba de mucho respeto como intelectual de peso. Es así como un ensayo suyo que analizaba la reforma agraria democrática y la Unión de Centroamérica, tuvo repercusión en El Salvador, México y La Habana. (Guandique, 2021, 50-51).

Ya con Óscar Osorio en la presidencia de El Salvador, Julio Fausto comienza su carrera de diplomático para el país como cónsul en Uruguay, a donde viajó en febrero de 1949, en una decisión que no permite comprender completamente si se ablandó ideológicamente, o si fue una medida de Osorio para mantenerlo lejos del país (Ibídem., p. 51).

Julio Fausto aprovechó esta aventura sudamericana para codearse con la intelectualidad de la región, llegando a trabar amistad con grandes personalidades como el poeta chileno Pablo Neruda. Su reputación de comunista declarado le abría las puertas para con la gente de izquierda. Sin embargo, no pasaría mucho para que Fernández abandonara su militancia comunista, pues en 1952 ya había puesto distancia entre él y el Partido Comunista, lo que, sin embargo, no lo llevó a perder la estima de algunas de las amistades ganadas en la región, pero se hizo odiar de algunos otros militantes comunistas, incluso algunos que antes fueran sus amigos. De hecho, Julio Fausto acabaría alejado tanto de la izquierda como de la derecha, para refugiarse en el cristianismo (Ibídem.).

Unos cuantos años antes de su ruptura con el Partido Comunista (la cual, aparentemente, habría sido una “expulsión” a causa de aceptar cargos diplomáticos de la dictadura militar salvadoreña) y viviendo todavía en Montevideo, Fernández tomó parte de las tertulias que se organizaban en casa del escritor y pedagogo Jesualdo Sosa y su esposa, la escultora argentina María Carmen Portela. En la casa del matrimonio, acudían mentes selectas no sólo de Uruguay, sino también de otros países de la región. Fue ahí donde, a raíz de una discusión sobre el existencialismo, le es sugerido a Julio Fausto que pusiera por escrito su análisis. Y es así como, aplicando el método marxista, nuestro autor concibió el ensayo titulado *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*, que publicaría la editorial Pueblos Unidos de Montevideo en 1949. Como nota curiosa, el gran caricaturista salvadoreño, Toño Salazar, ilustró el libro con una caricatura de Julio Fausto.

La notoriedad que logró Fernández en Latinoamérica a raíz de ese libro, hizo que el público estuviera a la expectativa de sus nuevas publicaciones, y fue así que la misma editorial le solicitó un libro sobre la moral marxista, hecho que le empujaría definitivamente hacia fuera del materialismo dialéctico, ya que la misma investigación le fue desengañando de sus presupuestos:

Poco a poco, fui viendo con mayor claridad que el fundamento de la ética marxista es el odio del proletario hacia el burgués, pero no al burgués abstracto, al burgués tomado como categoría social, sino (como lo dice expresamente Marx) a la persona del burgués, al hombre de carne y hueso. (Fernández, 1976, p. 30).

Viendo ahora la ética marxista como una doctrina de odio, y a la fraternidad universal predicada por los comunistas como un chantaje, Julio Fausto afirma:

Al comparar la dialéctica idealista de Hegel con la dialéctica materialista de Marx, comprendí claramente que partiendo, como lo hace la primera, de la base que el universo es producto de un proceso de pensamiento operado por la Idea Absoluta, la cual, para decirlo de algún modo, es una

especie de demiurgo formador del mundo, el proceso dialéctico resulta enteramente lógico, por cuanto las fases de afirmación, negación y síntesis, son generalmente etapas del raciocinio; en cambio, resulta absolutamente ilógico afirmar, como lo hace la dialéctica materialista, que la evolución de los procesos materiales sigue paso a paso las mismas etapas que un proceso de raciocinio: lo que en la filosofía panlogista de Hegel es la evidente conclusión de las premisas de que parte, resulta absurdo en la dialéctica materialista de Marx. La materia, debido a su estructura ontológica, no puede evolucionar en la misma forma en que se desarrolla un proceso lógico de raciocinio. [...] ¿Cómo se compagina el odio y la violencia con la fraternidad de la utópica sociedad sin clases? Así nació en mí la duda filosófica respecto al marxismo. (Ibídem., p. 32).

Desde luego, no era el único en llegar a esas conclusiones, pero ese descubrimiento dio paso a que su pensamiento filosófico sufriera un vuelco del que nació el libro *Del materialismo marxista al realismo cristiano*, publicado en 1952, y que puede considerarse el trabajo más importante en el devenir filosófico de nuestro autor.

Ya del lado del aristotelismo tomista, publica en 1964 su *Radiografía del dolor*, que aborda el tema central de sus inquietudes permanentes, pero que ahora se analizan con la novedad del lente adquirido. Pero antes de este, sacó al público sus libros *Libre Albedrío. Apuntes para una Discusión* y *Patria y Juventud en el mundo de hoy*, ambos publicados en 1956.

Julio Fausto Fernández, además de producir pensamiento, desempeñó cargos judiciales y administrativos en El Salvador, y fue diplomático en Uruguay, Brasil, Chile y España. También se desempeñó como Juez de Peligrosidad y catedrático de filosofía en las facultades de Derecho, Economía y Humanidades de la Universidad Autónoma. Además, se desempeñó como codirector del diario *Patria Nueva* en 1952, y fungió como Presidente de la Corte Suprema de Justicia entre 1968 y 1970.

Fallece el 16 de mayo de 1981.

Obras:

- *A propósito de la reforma universitaria*
- *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*
- *Del materialismo marxista al realismo cristiano*
- *Patria y juventud en el mundo de hoy*
- *El libre albedrio (apuntes para una discusión)*
- *Los valores y el derecho*
- *Una conciencia frente al mundo*
- *Bolívar, figura ecuménica*
- *Charlas sobre el sentido de la historia*
- *Radiografía del dolor*
- *Haciendo camino al andar*

Línea de tiempo:

1913. Nace el 17 de junio en Berlín, Usulután. Sus padres son el médico Dr. José Antonio Fernández y Blanca Padilla.

1931. Ingres a la Universidad de El Salvador.

1932. Bibliotecario de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

1935. Ingres a al Partido Comunista de El Salvador.

1935. Redactor de *Opinión Estudiantil*.

1935. Publica en Editorial Nosotros, San Salvador la obra *A propósito de la reforma Universitaria*, que es un discurso pronunciado en el paraninfo de la UES.

1936. Viaja como exilado a la Ciudad de México.

1939. El 13 de noviembre se gradúa como Licenciado en Derecho en la UNAM.

1944. Dirigente del partido Unión Nacional de Trabajadores, UNT, junto con Raúl Castellanos Figueroa, Alejandro Dagoberto Marroquín, Carlos Alvarado, Luís Díaz, Miguel Mármol, Abel Cuenca, entre otros.

1944. Luego del 21 de octubre pasa a la clandestinidad.

1945. En marzo, se gradúa como Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la UES. El 30 de ese mes, preside una reunión del Comité Central unificado del PCS; era en el 15 aniversario de su fundación.

1945. En septiembre es expulsado hacia Costa Rica, junto con otros revolucionarios, luego de una demostración popular.

1946. Fiscal General de Hacienda.

1948. Jefe de Correspondencia del Instituto de Mejoramiento Social.

1948. Pronuncia discurso en Asamblea General de Académicos Salvadoreños, en el Teatro del Jardín Infantil Municipal de San Salvador, el 12 de junio.

1949. Es nombrado el 2 de febrero cónsul general en Montevideo, Uruguay. Concluye su labor en abril de 1950.

1949. Publica en la Editorial Pueblos Unidos de Montevideo, Uruguay, su obra *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*.

1950. Es nombrado el 26 de abril cónsul general en Brasil, con sede en Sao Paulo.

1952. Es expulsado en diciembre del Partido Comunista de El Salvador, por aceptar cargos diplomáticos de la dictadura militar.

1952. Codirector del diario *Patria Nueva*.

1952. Publica en Santa Ana, en la Editorial Antorcha, su obra *Del materialismo marxista al realismo cristiano*.

1953. Pronuncia conferencia el 29 de enero, en el Paraninfo de la UES en la que abjura del marxismo.

1956. Publica *Patria y juventud en el mundo de hoy*.

1961. Publica *Una Conciencia frente al mundo*.

1963. Publica *Radiografía del dolor*.

1968-1970. Presidente de la Corte Suprema de Justicia

1981. Muere el 16 de mayo.

## Capítulo II: Ubicación de *Radiografía del dolor* en la obra general del autor.

Para ubicar la obra en cuestión de Julio Fausto Fernández, va a interesar no la obra completa del autor, sino los dos grandes antecedentes que marcan su llegada a este tipo de consideraciones filosóficas. Esos dos grandes antecedentes son sus libros titulados *El Existencialismo. Ideología de un mundo en crisis* y *Del materialismo dialéctico al realismo cristiano*. Como no es posible exponer extensamente el contenido de estos dos libros, sólo haremos una síntesis de los contenidos más relevantes para comprender la perspectiva desde la cual Julio Fausto Fernández abordará la problemática del dolor.

*El existencialismo. Ideología de un mundo en crisis.*

La militancia marxista del autor ya ha sido comentada en el capítulo anterior, así como su posterior ruptura. Pero, ¿qué decía el libro con el que Julio Fausto se ganó el prestigio de la intelectualidad marxista en toda Latinoamérica, especialmente la del sur?

*El existencialismo. Ideología de un mundo en crisis* se publicó en 1950 en Montevideo, Uruguay, bajo el sello de Ediciones Pueblos Unidos, aunque se supone que ya estaba redactado para 1949, y en él Julio Fausto Fernández procura hacer un análisis del existencialismo en boga y de todos sus antecedentes, valiéndose del método marxista, es decir, de la dialéctica, “único método realmente científico” (Fernández, 1950, p.19), para desentrañar todas las consecuencias del fenómeno.

En el año de la publicación de este libro, la filosofía y literatura sartreana ya habían creado su revolución, y se hablaba del existencialismo no sólo en la academia, sino también entre el público culto que leía novelas y asistía al teatro. *La náusea* (1938), *El Muro* (1939), *Las moscas* (1943), *El Ser y la Nada* (1943), *A puerta cerrada* (1944) y *El Existencialismo es un Humanismo* (1946) ya

habían sido publicados y discutidos. Autores como Kierkegaard, Jaspers, Heidegger y Marcel ya habían cobrado un relieve de considerable importancia en el ámbito filosófico y literario. De hecho, Julio Fausto Fernández hace constar la importancia que ya se le daba al existencialismo en el ámbito académico:

En el plano filosófico, el existencialismo es actualmente tema obligado. De él se ocuparon ya tres Congresos de Filosofía: el Congreso Internacional de Roma (1947), el Congreso Tomista, que también se reunió en Roma, y el Congreso de Mendoza, República Argentina (abril de 1949). De él se ocuparán los próximos Congresos de Filosofía que tendrán lugar en México y en Ámsterdam. (Ibíd., p. 17).

Entre exposiciones filosóficas más o menos sistemáticas y otras en clara rebeldía contra los sistemas, aparecían obras literarias que trataban los mismos temas concernientes a la existencia, tales como la autenticidad, la finitud, la angustia, la nada, la libertad, etc. El existencialismo había permeado mucho en el ámbito artístico, al grado de que se hablase de una “estética existencialista” (Ibíd.).

Obras que analizaban el fenómeno tampoco tardaron en aparecer, y los lectores, un tanto confusos por la oscuridad de los estilos y contenidos de estas filosofías, corrían a las librerías a comprar aquellos manuales que facilitaban la comprensión de un tema del que era una delicia hacer alarde de conocimiento en las tertulias de los cafés, o en las reuniones en casa de los amigos, como le ocurrió a Julio Fausto, cuyo libro vendría a engrosar este tipo de bibliografía.

Su enfoque marxista, al parecer, ya había sido incursionado por el filósofo francés Henri Lefebvre, de cuyo estudio titulado *El Existencialismo*, había sido publicada una traducción en Buenos Aires el mismo año en que Julio Fausto escribe su propio análisis y crítica al respecto. Es bastante evidente la influencia que el trabajo de Lefebvre ejerció sobre el de Fernández, ya que ambos entienden el



existencialismo como la filosofía de una burguesía decadente, en agonía, que se defiende del avance del proletariado mediante el arma ideológica del existencialismo (Ibíd., p. 20).

También hubo recensiones con otro tipo de perfiles, como *Introducción a los existencialismos*, del personalista francés Emmanuel Mounier en 1946, o la de los italianos Nicolás Abbagnano y Norberto Bobbio. El primero, que tenía su propia formulación del existencialismo, publica *Introducción al existencialismo* en 1942, pero ya antes había publicado *La estructura de la existencia*, libro en el que esboza su “existencialismo positivo”; el segundo, con pasado existencialista, pero que aterrizó en el socialismo liberal y la filosofía analítica, publica justamente en 1948 su libro *An Introduction to Aesthetics*, versión ampliada de un ensayo que ya había publicado en 1944, y que el Fondo de Cultura Económica traduciría y publicaría en 1951 con el título *El Existencialismo*. La de Bobbio es de especial interés, porque, aunque no aparece entre la bibliografía de Julio Fausto Fernández, sí coincide en algunos puntos importantes, sin que se trate de un enfoque ideológico idéntico, como ocurre con la obra de Lefebvre.

Más que una corriente filosófica, Julio Fausto Fernández considera que el existencialismo es “un complejo fenómeno ideológico” (p. 17), ya que considera que el fenómeno existencialista trasciende el ámbito filosófico, permeando con éxito en ámbitos que inciden más en la cultura general:

Observando mejor las cosas, se ve que el existencialismo es algo más que una doctrina filosófica y, desde luego, mucho más que un “movimiento” literario. El existencialismo aparece entonces como un complejo fenómeno ideológico cuyas manifestaciones se hacen sentir no sólo en los campos de la filosofía y del arte, sino también en los de la ciencia, la religión y la política. (Ibíd.)

Para Julio Fausto, el existencialismo, “de profunda raíz irracionalista, es la superestructura ideológica del mundo capitalista en su etapa agónica” (Ibíd., p. 19). Es una especie de boicot que la burguesía misma lleva a cabo contra su propio proyecto de modernidad, al ver que el progreso de las fuerzas

productivas llevan un rumbo completamente ineludible: la caída del capitalismo y el establecimiento de la dictadura del proletariado, principio del socialismo y camino al comunismo. Dice Julio Fausto (p. 18):

el existencialismo es la expresión ideológica, no de una crisis cualquiera, sino de la crisis general del capitalismo, de la crisis total del régimen capitalista, de la crisis que conduce inevitablemente al hundimiento definitivo de ese régimen para dejar sitio al régimen socialista.

Y más adelante agrega: “Si el pensamiento burgués fuera actualmente un reflejo exacto de la realidad histórica, tendría que vaticinar, forzosamente, el fin próximo de las relaciones capitalistas de producción, pero entonces dejaría de ser filosofía burguesa para convertirse en ideología proletaria” (p. 24).

Para el autor, la burguesía es plenamente consciente de su propio hundimiento, por lo que toma medidas en contra de sus propios logros, incluyendo el más excelso de ellos, el que produjo en su época de juventud y que ha permitido al hombre el dominio casi total de la naturaleza: la ciencia. El método fenomenológico, que sería una de las principales herramientas de los existencialistas en sus análisis, sería el instrumento del boicot de la ciencia:

En el plano científico, el método fenomenológico, método intuicionista y anti-científico de que se vale el existencialismo, es aplicado con tenaz perseverancia en las ciencias sociales, con el propósito de destruir los fundamentos mismos de dichas ciencias, cuyos postulados más rigurosos implican serios peligros para el régimen burgués. (Ibíd., 18).

Fernández observa no sólo una conquista del existencialismo en el ámbito de la ciencia, sino una completa invasión en todas las ramas que permitieron un importante progreso cultural de la civilización occidental, incluso llega a referirse a esta filosofía como “virus existencialista”, cuya

esencia es “la angustia y la desesperanza” (p. 21), y no se muere la lengua para señalar con nombre propio a los filósofos que se han prestado para dicha obra:

Husserl, con su método de reducción fenomenológica, le abrió las puertas [al existencialismo] de las universidades burguesas y Heidegger lo llevó a la metafísica. En la posguerra, Marcel lo ha llevado hasta la teología y Sartre lo ha convertido en literatura. (Ibíd., pp. 20-21).

Observa también una peligrosa confusión de áreas, ya que el existencialismo tiene representantes que no sólo son filósofos o académicos, sino también literatos, y es frecuente ver muchísimo contenido filosófico en sus obras literarias, y encontrar colado mucho material dramático en los libros que aspiran a ser filosóficos. Así, se tiene una filosofía literaria y una literatura filosófica, que, si bien tiene su mérito estético, sería, según el autor, un peligro para la rigurosidad objetiva que pretende todo ejercicio que produce conocimiento.

Con esta interpretación del fenómeno como medida de autodefensa de la burguesía, el autor descarta que el existencialismo sea un síntoma de una “crisis de la filosofía” en general, sino más bien una crisis de la filosofía burguesa en particular, que no se resigna a reconocer su natural destino. Como puede observarse, el enfoque de Julio Fausto mantiene rígidamente su servicio hacia la causa de la clase trabajadora, ya que en ese entonces todavía piensa que el marxismo es la filosofía del proletariado, y que el triunfo de éste es la consecuencia lógica del progreso humano.

Según Julio Fausto, la crisis del racionalismo burgués inicia justamente con el surgimiento la conciencia de clase del proletariado, a mediados del siglo XIX:

A partir de la segunda mitad del siglo XIX comienza el proceso de declinación de la burguesía como clase y, consecuentemente, su visión del mundo se estrecha y se entorpece. Ahora ya no es una clase joven que lucha contra un régimen caduco; es una clase madura que se defiende contra la pujante clase del proletariado, cuya misión histórica es enterrar al régimen burgués. Desde 1948, más o

menos, hasta finales del siglo XIX, la filosofía burguesa renuncia a la pretensión de desentrañar los enigmas últimos del universo y se refugia en el agnosticismo, declarando que nada podremos saber sobre la esencia de las cosas: la verdad comienza a constituir un peligro para el capitalismo. (Ibíd., p. 22).

Este período del que habla Fernández coincide con el auge del romanticismo, movimiento cultural que ya reaccionaba contra el exceso de racionalización del mundo por parte de la ilustración y del desarrollo técnico del capitalismo. Para entonces, no sólo el romanticismo mostraba signos de crisis para la razón, pues comenzaban a despuntar las modernas filosofías de la vida, que tendrían por principales caminos abiertos al vitalismo y al existencialismo, con autores como Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard.

Sin embargo, el existencialismo, a pesar de lo difícil que ha resultado definirlo en sus contornos, tiene sus propias características que lo diferencian a la par de otras expresiones de tendencia irracionalista, tanto en el ámbito del pensamiento como en el del arte y la cultura en general. Los autores que han sido vinculados de alguna forma al existencialismo, suelen tener enormes diferencias entre sí; pero Julio Fausto Fernández identifica tres características esenciales que se encuentran siempre en todo pensamiento existencialista, por lo que se puede decir que son notas globales de esta nueva ideología de la burguesía:

1. Niega el carácter racional y objetivo del conocimiento y, por consiguiente, la universalidad de los conceptos.
2. Ataca el determinismo y exalta el libre arbitrio, “ignorando deliberadamente la síntesis dialéctica de ambos extremos”.
3. Niega la existencia de leyes que determinen la evolución histórica de la sociedad. (Ibíd., p. 23).

Julio Fausto también tiene a la vista la característica de anteponer la existencia a la esencia, es decir, de reivindicar la concreta existencia humana en toda su contingencia por sobre un abstracto mundo de esencias, que no tiene el dinamismo, las pasiones y las posibilidades de la vida humana real. Sin embargo, esta característica no cuenta mucho para el enfoque de Julio Fausto, que prefiere examinar desde fuera el fenómeno del existencialismo, centrándose en sus efectos en el pensamiento de los intelectuales y la masa, en lugar de discutir sus, para él, vacías metafísicas.

De esta manera, el existencialismo vendría a ser una especie de anti-filosofía, ya que no sólo niega las capacidades de la razón para conocer el mundo, sino también la posibilidad de una coherencia inherente al devenir histórico. La pérdida de la objetividad en beneficio de la exaltación de lo subjetivo, es lo que el autor más le achaca a esta “ideología”:

Con el existencialismo, la filosofía burguesa se niega a sí misma, renuncia a la pretensión de validez universal, abandona la objetividad y deja de ser filosofía en el sentido estricto de la palabra, es decir, se convierte en su contrario. (Ibíd.)

Y en apoyo de su tesis, recurre al juicio de un pensador que habla del existencialismo desde adentro, el jesuita Juan Luis Segundo, seguidor de la filosofía de Gabriel Marcel. Julio Fausto extrae la siguiente cita del libro *Existencialismo, filosofía y poesía* (Segundo, 1948, p. 48):

La objetividad de un juicio es la razón última de su universalidad en toda filosofía realista de sentido común... Ahora bien, en razón de su misma esencia, la filosofía existencialista no puede aspirar a una tal universalidad, puesto que no llega a la plena objetividad.

El mismo autor, en el mismo libro, ya ha hecho referencia a la incapacidad de aprehender la vivencia humana como un fenómeno objetivo, cuando dice que “la vivencia, en todo su calor vital, es plenamente subjetiva e intransmisible” (Ibíd., p. 46). Con ello, Juan Luis Segundo hace constar que

existen hechos reales que no pueden llegar a ser abstraídos por un conocimiento racional, lo cual pone frenos al optimismo racional de pretender entender y explicar la totalidad de lo real.

Pero Julio Fausto Fernández, como marxista militante, sigue al pie de la letra las indicaciones del realismo ingenuo de Lenin, que indican que el conocimiento es un reflejo fiel de la realidad, y si la “ideología burguesa no refleja ya [...] la realidad”, no merece ningún tipo de crédito para una clase que pretende continuar el progresismo iniciado por la burguesía y llevarlo a sus últimas consecuencias, el comunismo, por lo que el existencialismo puede interpretarse como el enemigo directo de la filosofía del proletariado, el marxismo: “la filosofía de proletariado, el materialismo dialéctico, es síntesis superadora, entre otros motivos, porque es la negación del existencialismo, dicho de otra manera, porque es la negación de la negación de la filosofía burguesa” (Fernández, 1950, p.24).

Como puede observarse, Julio Fausto, en su ataque al existencialismo, aporta información valiosísima sobre la línea ideológica a la que se inscribía en aquel entonces. No le es posible ver con buenos ojos una filosofía irracional, que es, según él, infiel a la realidad y que desecha el optimismo hacia el progreso que se cultivaba entre la intelectualidad de la Ilustración, y que logra seguimiento en la filosofía del proletariado, por eso nos dice:

Los existencialistas tienen de común entre sí el aparente interés por el hombre, el método arbitrario, la teoría subjetivista del conocimiento, el irracionalismo, el anti-objetivismo y la metafísica de la nada; pero lo que más los emparenta, lo que más los une, lo que los identifica como ideólogos de una clase social en decadencia y de un régimen podrido, es la actitud general frente a la vida: el odio al progreso, la fe absurda en la *repetición* del pasado que los existencialistas contemporáneos toman de Kierkegaard, de Nietzsche y de Heidegger. (Ibíd., pp. 30-31).

Algunas de sus diferencias con el existencialismo, permanecerán en su siguiente etapa filosófica, pero lo que realmente le mueve a combatir el existencialismo, es esa convicción de que las leyes de la

dialéctica aplicadas al desarrollo histórico, indican el debilitamiento de la burguesía y el inminente triunfo del proletariado.

En su siguiente libro, publicado sólo dos años más tarde, se retractará de su adhesión al marxismo y de la validez absoluta que le otorgaba al método dialéctico, para abrazar una filosofía, según él, más sólida epistemológica y ontológicamente: el tomismo aristotélico.

*Del materialismo marxista al realismo cristiano.*

Tras un intento fallido de escribir un libro sobre la ética marxista, y quedar desencantado con el marxismo, Julio Fausto Fernández escribe un libro del que no está completamente seguro si va a publicar, ya que tiene como principal propósito reorganizar sus ideas y plantearse un nuevo derrotero intelectual. A pesar de ello, en 1952 aparece en Santa Ana la primera edición de *Del materialismo marxista al realismo cristiano*, bajo el sello de la Editorial ANTORCHA. En la justificación de la publicación, el autor dice lo siguiente (Fernández, 1970, pp. 13-14):

He dicho que no escribo este trabajo con el fin principal de darlo a publicidad, pero debo aclarar que desde un principio (casi desde el momento en que concebí su idea), he considerado la posibilidad de darlo algún día a la imprenta. Tengo, como si dijéramos, el propósito secundario y subyacente de publicarlo. [...]

Considero un deber aclarar públicamente mi actual posición, con tanta mayor razón cuanto que los escritos a que he hecho referencia, y en especial un libro sobre el existencialismo que publiqué en el Uruguay, han tenido cierta repercusión en el alma de la juventud salvadoreña, no tanto, sin duda, por la calidad del contenido de los mismos, sino por haber yo ejercido la docencia universitaria y por algunas otras circunstancias puramente accidentales.

Sea ello como fuere; el hecho es que, inducidos por mis escritos, algunos jóvenes han sido llevados a encarar con simpatía las afirmaciones del materialismo dialéctico y no han faltado quienes hayan llegado, inclusive, a abrazar el marxismo, aceptándolo en todas sus consecuencias filosóficas y políticas. Es natural, por consiguiente, que considere como un elemental deber de honestidad decir a esos jóvenes (y los que ya no lo son, pero a quienes he estado ligado por afinidades ideológicas) lo que hoy pienso sobre la doctrina que antes profesé.

Esta larga –pero necesaria– ayuda a comprender mejor el móvil que tuvo Julio Fausto a la hora de decidir publicar su obra, y también contribuye a que se mida certeramente el grado de alejamiento del autor con respecto al marxismo, lo que no implica que considere errado todo lo que había profesado y escrito antes, ya que sigue considerando justo los objetivos que le movían por esos derroteros, y que le ganaron la simpatía de muchos lectores jóvenes:

Estoy convencido de que si algunos jóvenes [...] aceptaron las conclusiones de mis escritos anteriores, fue debido a que tales conclusiones proponían objetivos políticos y culturales intrínsecamente justos, aun cuando su motivación filosófica fuese errónea y aun cuando los medios de acción por mí sugeridos fuesen inadecuados. (Ibíd., pp. 14-15).

El viraje de Julio Fausto hacia una escuela filosófica menos rígida políticamente, después de haber profesado el marxismo durante 20 años (p. 14), le permitió reconsiderar otros aspectos de la realidad sin tener un sentimiento de culpa con respecto a lo demandado por el Partido Comunista o por una doctrina que estigmatiza con rudeza todo lo que no hable en sus términos y con sus propósitos, ya que ha “repudiado no solamente una concepción filosófica, sino también una actitud política” (Ibíd., p. 15).

Es así como le vemos alinearse con las filosofías de la vida que tanto criticó, refiriéndose al objetivo de la labor del auténtico filósofo: “No es la mayor o menor originalidad del pensamiento, sino el hecho



de haber vivido plenamente su contenido, lo que caracteriza a la auténtica labor filosófica” (Ibíd., p. 11).

Ese desplazamiento del *pensamiento* por la *vida* en la jerarquía de su valoración, refleja hasta qué punto el autor varía su enfoque filosófico. Y no tiene ningún reparo en agregar que “esta labor [...] es siempre personalísima y dramática”, y que “sólo se puede vivir una filosofía cuando ésta es, ante todo, subjetivamente válida” (Ibíd.). Incluso cita las palabras de uno de los autores que más han sido retomados en defensa de la razón: Aristóteles, pero cuyas palabras también podrían haber sido dichas por algún autor menos sistemático: “meditar es un progreso hacia sí mismo” (Ibíd., p. 12).

De esta manera, Julio Fausto abre las puertas a la subjetividad en el pensamiento racional, y a la literatura en la filosofía, lo que acarrea un reconocimiento en cierto grado de la relevancia de lo irracional en la vida humana concreta y hasta en el pensamiento abstracto; pero dicho reconocimiento no vendrá a ser tan claro si no hasta *Radiografía del dolor*.

De hecho, cuando dice que “la interpretación de la doctrina será, necesariamente, hecha a través de mi temperamento personal y a la medida de mi particular idiosincrasia”, se anticipa a ideas que luego expondrá sin vergüenza alguna en *Radiografía del dolor*, pero que ya habían permeado con fuerza en sus años de temprana formación, en los que, como ya vimos, Miguel de Unamuno fue una lectura que realizó con gran entusiasmo (Guandique, 2021, p. 49). Esta cita de *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, que va algo más allá que el anterior extracto, puede ayudar a comprender las reminiscencias unamunianas que comienzan a aflorar en Julio Fausto desde *Del materialismo marxista al realismo cristiano* hasta asentarse más cómodamente en *Radiografía del dolor*:

La filosofía responde a una necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendra una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella

concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez. (Unamuno, 1951, pp. 730-731).

La relevancia que Julio Fausto da a “mi temperamento personal” al momento de interpretar la nueva doctrina que pretende asumir, lo encamina (o lo regresa) al criterio de Unamuno sobre lo determinante que es el sentimiento de cada quien al momento de elegir la línea ideológica que más cree conveniente. Sin embargo, nuestro autor sólo llegará a reconocer la incidencia importantísima del subconsciente y el inconsciente en *Radiografía del dolor*, como ya pronto se verá.

Por lo pronto, sólo llamaremos la atención sobre una diferencia de no poca importancia entre los libros *El Existencialismo. Ideología de un mundo en crisis* y *Del materialismo marxista al realismo cristiano*, y es que mientras el primero está estructurado en una exposición metodológicamente más cuidada, el segundo, en las mismas palabras del autor, reviste un “carácter asistemático” (Fernández, 1970, p. 12), que en realidad tiene su orden y su sentido, pero éstos son elegidos con mayor libertad.

Sin embargo, hay algo de lo que, de momento, no podrá despegarse: del realismo en su sentido clásico. Y es precisamente una de las coincidencias que observa entre el materialismo marxista (materialismo dialéctico) y el realismo cristiano (tomismo aristotélico), y es que ambas concepciones filosóficas tienen un completo optimismo en la aspiración de conocer el objeto tal como es, a diferencia de las “doctrinas idealistas que reducen el ser de las cosas a las meras percepciones de nuestros sentidos” (Ibíd., p. 18).

Y ciertamente ese es el sentido en el que Julio Fausto retoma el término “realismo”, como contrario al idealismo así entendido, pues no tienen nada que ver con el término realismo de la famosa polémica de los universales, en la que ser “realista” implica tomar las categorías genéricas como esencias existentes en alguna parte, como en la doctrina platónica, mientras que Tomás de Aquino entiende

que existen “seres de razón”, en los que entrarían los conceptos genéricos y no los individuos que conforman dicho género.

Por lo tanto, la mayor coincidencia entre el marxismo y el tomismo, sería la “afirmación de la realidad objetiva del universo y la confianza en la inteligencia humana para conocer esa realidad” (Ibíd.), sin que necesariamente se trate del mismo realismo en una y otra doctrina.

De hecho, el realismo del marxismo lo clasifica como “realismo inmanentista o materialista”, el cual “sostiene que la realidad radical del universo es de índole exclusivamente material” (Ibíd., pp. 18-19), que, dicho, en otros términos, es el tipo de realismo que “no admite ninguna realidad que trascienda la materia y [... que] pretende explicar todos los fenómenos por la pura acción inmanente de la materia” (Ibíd., p. 330).

Por otro lado, el realismo propio del tomismo aristotélico –sin referirse al debate sobre los universales– sería el “realismo trascendental o espiritualista”, el cual afirma “que el mundo tiene su origen en un espíritu superior al del hombre y que, por lo tanto, la realidad primera es de índole espiritual” (Ibíd., p. 19), o, en otros términos, el tipo de realismo que “admite una realidad espiritual superior que trasciende la materia” (Ibíd., p. 330).

Esto último lleva a otro gran desacuerdo entre el marxismo leninismo y el tomismo aristotélico: el ateísmo del primero, y el teísmo del segundo. Cabe recordar que para en aquel entonces todavía no existía lo que hoy llamamos Teología de la Liberación, que logra conciliar una buena parte de las teorías marxistas con los dogmas católicos más elementales. Es hasta la década de los 60’s, con la aparición de las Comunidades Eclesiales de Base, el Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín, que dará comienzo esta línea teológica, que abriría camino para el surgimiento de la Filosofía de la Liberación en la década siguiente.

A estas diferencias claves, hay que agregarle las que ya tocamos al examinar la biografía del autor, y es que de mucha relevancia ha sido el descubrimiento de inconsecuencias éticas en la doctrina marxista, que, según Julio Fausto, alienta no sólo la lucha de clases, sino también el odio de clases, no sólo un odio del proletariado hacia la figura abstracta del burgués, sino más bien al burgués concreto, a la persona burguesa, siendo el marxismo entonces una doctrina de odio (Fernández, 1976, p. 30).

La otra gran diferencia a la que ya nos referimos en el capítulo 1, es más de índole ontológica, pues Fernández observó que el marxismo, al deificar al método dialéctico como la mejor herramienta para interpretar cada área de la realidad, le está dando poder absoluto a un método más propio de la lógica, y que no tiene necesariamente que ir más allá de su jurisdicción.

Observa que en una filosofía como la de Hegel tiene pleno sentido la aplicación de la dialéctica a ese nivel ontológico, ya que Hegel piensa que cada aspecto de la realidad es un momento del proceso lógico de la Idea Absoluta, teniendo el mundo como una especie de mente dentro de la cual todos somos pensados, al igual que los fenómenos naturales, desde los más elementales hasta los más complejos.

Sin embargo, el marxismo, siendo en los papeles un “materialismo”, y una filosofía enemiga del idealismo hegeliano, no tendría que aplicar dicho método a todos los fenómenos naturales y sociales, dado que no interpreta la realidad como siendo un proceso de la Idea Absoluta. De hecho, la dialéctica de la naturaleza, iniciada por Engels, hace retroceder el marxismo hacia el materialismo ingenuo de los primeros filósofos griegos. Y es precisamente este materialismo dialéctico que adopta, desarrolla y divulga el marxismo soviético de la época de Stalin. Dice Julio Fausto:

lo que en la filosofía panlogista de Hegel es la evidente conclusión de las premisas de que parte, resulta absurdo en la dialéctica materialista de Marx. La materia, debido a su estructura ontológica,

no puede evolucionar en la misma forma en que se desarrolla un proceso lógico de raciocinio. (Ibíd., p. 32).

Vistas ya sus desavenencias con la doctrina marxista, y a sabiendas que no es propósito de este trabajo examinar a detalle el contenido de *Del materialismo marxista al realismo cristiano*, se concluirá este capítulo enumerando las principales razones que llevaron a Julio Fausto Fernández adoptar el tomismo aristotélico:

1. Por su invariable realismo, absolutamente consecuente consigo mismo en el sentido ya antes expuesto.
2. Por ser una filosofía de la inteligencia, en el mejor sentido de la expresión, pues otorga a la inteligencia humana la capacidad de conocer la realidad.
3. Por ser una filosofía del sentido común, y no un irracionalismo o una defensa de lo subjetivo-individual.
4. Porque su metafísica, absolutamente racional, es capaz, según Julio Fausto, de proporcionar los elementos necesarios para resolver los más importantes problemas filosóficos.
5. Porque la filosofía tomista ofrece, según el autor, base para fundamentar sobre ella la política más progresista que cabe imaginar: la política del auténtico humanismo.
6. Porque el tomismo es saber de salvación, en el sentido cristiano.

Dadas esas razones, Julio Fausto Fernández se muestra plenamente satisfecho con su adhesión a esta filosofía:

La he aceptado con júbilo porque en ella he encontrado la que, a mi juicio, es la explicación *racional* más satisfactoria del universo físico y de ese otro universo espiritual que es la *persona* humana,

mejor dicho, del mundo y del hombre, esos dos polos del *ser* “que en mutua conjunción constituyen la totalidad del Universo”. Que, de la aceptación de la filosofía de Santo Tomás, haya pasado a aceptar también las verdades de su teología, no tiene nada de extraño, puesto que la primera es como una introducción a la segunda; pero sí en ésta la fe desempeña papel principal, en aquélla impera con soberanía absoluta la inteligencia humana, “la luz natural de la razón”. (Fernández, 1970, pp. 20-21).

Estas son las líneas generales del vuelco ideológico que vivió Julio Fausto Fernández entre 1950 y 1952, y que, sin duda, significó un antes y un después en su trayectoria filosófica. Esta nueva postura le abriría las puertas hacia nuevas posibilidades, pues ya podía tocar esos grandes temas que tanto le desvelaban con un enfoque y unas herramientas más adecuadas para su tratamiento. Es así como Fernández arriba a la producción de su obra *Radiografía del dolor*.

### Capítulo III: Acercamiento comprensivo al *misterio* del dolor.

El libro *Radiografía del dolor* se compone de 3 partes. En la primera procura hacer una introducción a la problemática, establecer las fuentes concretas del dolor y las principales doctrinas que han intentado darle una explicación. En la segunda parte, explora las diferentes expresiones mitológicas y literarias del dolor que han llevado a cabo las diferentes culturas de una diversidad de pueblos en todo el mundo, al tiempo que se vale del psicoanálisis para establecer el lugar del dolor en la estructura física y psíquica del ser humano. En la tercera parte, la más extensa, expone cómo el dolor humano en el transcurso de su historia ha ido produciendo las diferentes religiones, de acuerdo al modo en que cada pueblo puede enfrentar el fenómeno de su dolor.

De estas tres partes se puede decir, simplificando un poco con el fin de aprehender aspectos generales, que la primera está escrita bajo el influjo de Miguel de Unamuno; la segunda bajo la tutela de Carl Jung y su versión del psicoanálisis; y la tercera valiéndose de la filosofía de la historia de Arnold Toynbee. Y todo el libro, por supuesto, respira el oxígeno que emana el bosque de la espiritualidad hebrea, especialmente el gran árbol del cristianismo, al que ya estaba entregado de lleno el autor.

También es de reconocer lo que le debe a la obra de Jacques Maritain, filósofo constantemente citado, así como a Pascal y a Bergson. A los tres autores les rinde un reconocimiento al final del libro (Fernández, 1964, pp. 365-366), pero de Bergson vale la pena señalar que anteriormente, en *Del materialismo marxista al realismo cristiano*, ya había sido incluido por Fernández en una lista negra de filósofos con tendencias irracionistas:

En lo que a mí respecta, jamás hubiese cambiado la interpretación racional del universo que me ofrecía el marxismo, por una visión del cosmos menos racional o por una de esas doctrinas de tendencia irracionista más o menos acentuada, como las de Eduardo Hartmann (1842-1906),

Bergson, Dilthey (1833-1911), Kierkegaard (1813-1855), Jaspers [...], Heidegger (n. en 1889), Husserl (1859-1938), Scheler (1875-1928), Lask (1875-1915), Nicolás Hartmann (n. en 1882) o Sartre. (Fernández, 1970, 36).

De hecho, en esa misma obra, haciendo una retrospectiva, afirma lo siguiente: “En mi libro sobre el existencialismo critiqué estas tendencias irracionalistas. Considero que la crítica que allí hice es justa, en términos generales” (Ibíd., p. 332). No obstante estas declaraciones, en breve se mostrará cómo Julio Fausto acaba pisando, en buen grado, los mismos terrenos que estos filósofos, con el firme y sincero propósito de encontrar la verdad.

Lo que más nos va a interesar del libro son las primeras dos partes, en donde se plantean los principales postulados. La tercera es más una corroboración de la incidencia sustancial del dolor en el devenir de la historia, por lo que ocupará nuestra atención sólo en momentos indispensables. En lo que sigue, se procurará dar cuenta de lo que plantea Julio Fausto Fernández en *Radiografía del dolor*, y de qué manera se relaciona con las vertientes de pensamiento que le nutren.

Partamos de la caracterización inicial que Julio Fausto hace del dolor, al cual trata de definir de la siguiente manera (1964, p.11): “el dolor es la percepción de un límite, de un obstáculo, de un vacío, de una privación, y quizá su esencia sea una pura oquedad”. Y más adelante agrega: “el dolor es ausencia de plenitud, surge de la percepción de un límite, del encuentro con un no ser” (Ibíd., p. 14).

A partir de esta cita podemos comprender que para Fernández el dolor va más allá de un fenómeno que nos afecta desde fuera, ya que surge desde nuestra misma constitución existencial. El autor procura definir el dolor a partir de la *finitud*, que, además, no es una nota exclusiva de la estructura existencial humana, sino más bien una condición del Cosmos entero, como podemos ver en la siguiente cita (Ibídem.):



El dolor, el dolor cósmico, fue antes que el hombre: la materia es su asiento; la vida (todo lo corruptible y sujeto a la caducidad), es su vehículo. El espíritu humano es tan sólo la conciencia del dolor. El hombre (cuerpo con vida y con espíritu) es la personificación del dolor. Tal es la jerarquía del dolor.

Se podría llegar a ver en estas palabras una posible concepción del dolor como una especie de substancia que compone el universo entero, porque, además, Julio Fausto no libra a nadie ni a nada, al decir que “el dolor está en toda la creación”. Sin embargo, para que exista el dolor, debe haber un sujeto que lo padece, y la creación misma no es el dolor, aunque éste siempre sea un componente indisoluble de ella.

Del ser humano, Fernández afirma lo siguiente: “La existencia misma del ser humano lleva en sus entrañas el germen del dolor; su simple estar en el mundo implica ya limitación y caducidad” (Ibíd., p. 12). Cada cosa o ente de la creación también comparten en su naturaleza la condición de limitación y caducidad, por lo que el dolor está inscrito en su misma composición ontológica, es decir que el dolor es parte de su mismo ser, y no podrían *ser* sin sentir dolor en algún momento de sus existencias. *Ser* implica *sufrir*.

Es posible que este “dolor cósmico” del que nos habla Fernández esté muy influenciado por el pensamiento budista, el cual estudia en los capítulos 18 y 19 de la tercera parte de su libro, pero que es mencionado reiteradamente a lo largo de toda la obra. Influenciado por la espiritualidad de la India, el budismo considera que “la existencia es, por esencia, miseria” (Ibíd., p. 201), y que el mal proviene no sólo del sufrimiento en sí mismo, sino también del placer y, sobre todo, del deseo.

Lo que realiza y propone Siddharta Gautama (Buda) para resolver el problema del dolor no sólo humano, sino también cósmico, es el desapego progresivo de este mundo, hasta llegar a un desapego total, a una no identificación con el mundo. Lo que implicaría que el individuo y el mundo son

salvados del dolor abandonando la condición de *existente*, abandonando la temporalidad e historicidad propias de la vida mortal para ingresar en el Nirvana. El jainismo también compartía este ascetismo extremo del budismo primitivo, al punto de exigir al perfecto discípulo la muerte por inanición (Ibíd., p. 200).

Ahora bien, resulta difícil que todo este discurso acerca del dolor, la finitud y el ser, no nos haga recordar las corrientes existencialistas y personalistas que también son contemporáneas a Julio Fausto. De hecho, es importante traer de nuevo a cuenta el hecho de que nuestro autor conocía bastante bien el existencialismo, a raíz de su libro ya antes mencionado, *El Existencialismo. Ideología de un mundo en crisis*.

Y es precisamente Miguel de Unamuno, un autor que, aunque a veces se le niegue el estatus de filósofo, ha sido vinculado tanto al personalismo como al existencialismo, pero no al de Sartre o Camus, sino al de Kierkegaard, cuya presencia es presentida en las páginas del libro de Julio Fausto, aunque no se le mencione ni una vez, y sólo rescate a Pascal como “hermano de armas” de Unamuno. De cualquier forma, en esta primera parte es frecuente que se miente a la figura de Unamuno con un enorme respeto, y haciendo citas que están en plena armonía con la exposición.

Una de esas citas, extraída de *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, no sólo anticipa las conclusiones del libro, sino que también nos aporta mayores datos para la reconstrucción de la categoría de “persona” en el pensamiento de Julio Fausto Fernández, teniendo en cuenta que para este último “el hombre es la personificación del dolor”. Veamos el extracto de Unamuno (Ibíd., p. 16):

Para amarlo todo, para comprenderlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece. Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante, y en cuanto nos lo es, y tanto más cuanto más se nos asemeja, y así crece

nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas que con nosotros tienen. O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor. (Unamuno, 1951, p. 854).

Por lo tanto, aunque el dolor no sea la substancia del cosmos, sí aparece en Julio Fausto un amago de panteísmo, o al menos de monismo, pues acepta la hermandad radical de todo lo que existe, ya que todo padece, todo está condicionado en su *ser* por el dolor, y, apoyándose en las últimas palabras de Unamuno, deduce que el hombre es la toma de conciencia de la existencia a su propia finitud y del sufrimiento que ello le provoca.

Lo que está claro es que el dolor se comprende no sólo sintiéndolo en nuestra propia mortalidad, sino también en todo lo que nos rodea, en todo lo que se nos presenta como “criatura”, y esa asimilación del dolor cósmico es lo que nos hace persona, porque somos la toma de conciencia del dolor por parte del cosmos.

Esta conciencia del dolor y la finitud, vendrían a despertar en el ser humano, y, por ende, en todo el universo, esa necesidad de inmortalidad que tanto desvelaba a Unamuno. Dice Julio Fausto: “dolor del espíritu finito que no se puede saciar sino con el agua viva de un infinito presente: eternidad” (Ibíd., p. 15).

Cabe mencionar también que el uso de categorías tales como “misterio” (usada para clasificar el fenómeno del dolor), abren la posibilidad de una influencia de Gabriel Marcel en el texto, que sería una manera filosófica contemporánea de actualizar el mismo concepto católico de *misterio*. En el pensamiento del filósofo francés, este concepto de “misterio” se contrapone al de “fenómeno”, pues

expresa algo que no está manifiesto a la manera de las cosas, ya que es algo ocurrido principalmente en el marco de la subjetividad. Julio Fausto Fernández probablemente utiliza la categoría “misterio” porque el dolor realmente sentido no es algo que pueda ser agotado por la objetividad o la observación científica. Es por eso que, para él, el dolor es un acontecimiento en sí mismo irracional, tal como el sentimiento trágico de la vida de Unamuno.

Como vemos, la categoría usada por Julio Fausto es homologable a la del filósofo personalista Gabriel Marcel, lo que nos llevaría a pensar que también ciertos logros del filósofo francés pueden servir para comprender mejor las ideas de Julio Fausto. El autor llama *misterio* (Ibíd., p. 11) al fenómeno que pretende investigar, pero, ¿llega a definir él mismo dicha categoría del *dolor*? La respuesta es sí, lo plantea de manera explícita, no como algo incomprensible, sino, simplemente, “extra-racional”:

El dolor es un oscuro tema de indagación: su naturaleza o su esencia se escurre de entre las mallas de las más finas redes conceptuales con que científicos y filósofos han intentado atraparla. Un fracaso relativamente menor ha tenido los poetas, los místicos y los fundadores de religiones, quienes han hablado del dolor por medio de mitos, comparaciones y parábolas. Ello se debe, en parte, a que el dolor es la percepción de un límite, de un obstáculo, de un vacío, de una privación, y quizá su esencia sea una pura oquedad. (Ibidem.).

Julio Fausto considera que el fenómeno del dolor es irracional (Op. Cit., p. 17), y que la personalidad del hombre es la conciencia misma del dolor (Op. Cit., p. 15), lo que indica que el concepto de *persona* en su filosofía está determinado por un *existenciario* (un elemento básico de la estructura de la existencia) irracional. En otras palabras, lo único que podría ser base para la construcción de una ética, la *persona*, sólo es tal en tanto constituido, al menos parcialmente (pero esencialmente), por la irracionalidad de la existencia humana, y del cosmos entero, que, como en el pensamiento de la India, es dolor.

Siendo el dolor algo que está fuera del alcance de la comprensión de la razón, es ahí cuando surge la necesidad de otro tipo de comprensión, o, incluso, de otro tipo de razón, otra lógica y otra manera de investigar la realidad. Fausto Fernández refiere a la “lógica del corazón” de Pascal (Op. Cit., p. 16) y a la *biótica* de Unamuno, que es la ciencia de la vida humana más allá de lo meramente biológico (Op. Cit., p. 17); pero esta categoría de la que se vale, la de “misterio”, que muy posiblemente ha tomado de Marcel -ya que, en la filosofía de éste, el misterio, a diferencia del “problema”, no es algo que pueda objetivarse-, porque se trata de un fenómeno que está ligado radicalmente a nuestra subjetividad, a nuestra simple manera de existir como un yo en el mundo. Al ser objetivado algo propio de mi subjetividad, deja de ser subjetividad y deja de implicarme, y, por lo tanto, se transforma en algo que *no es*, en un objeto frío que ya no me pertenece ni me identifica con la misma fuerza (Marcel, 2003, p. 93).

Un ejemplo claro es mi cuerpo, el cual nunca puedo percibir cabalmente como algo fuera de mi subjetividad, incluso si hago abstracción de él y lo transporto a un terreno intelectual en el que pueda hacer examen de él, ese cuerpo abstracto ya no tiene mi misma vitalidad, o mi misma, valga decirlo, “mismidad”, por lo que degenera en el proceso de aprehensión. Para Marcel, en el misterio del propio cuerpo “la oposición entre sujeto y objeto se halla trascendida” (Op. Cit., p. 13). De esta manera, cuando Julio Fausto habla del “misterio del dolor” habla correctamente en el sentido marceliano, pues refiere no a un “problema”, sino a un fenómeno de subjetividad radical, no susceptible de ser aprehendido a cabalidad por medio del razonamiento lógico, que es estrictamente objetivo.

De hecho, Julio Fausto comienza a invocar a la ciencia para justificar el ingreso de la irracionalidad en la ecuación, algo inaudito incluso para los pensamientos vertidos en su libro anteriormente analizado. Dice Fernández (1964, p. 118):

Plank y otros han introducido en la cosmovisión científica, además, un principio cuánto de incertidumbre e indeterminación. [...] La inteligencia científica declara que los procesos últimos del mundo físico son imprevisibles y, por lo tanto, inaprehensibles por los métodos discursivos de la razón.

Y reconoce más abiertamente los límites de la ciencia, especialmente en la exploración de la psiquis humana (Ibíd., pp. 118-119):

La ciencia ha sabido someter en grado casi inimaginable la naturaleza externa al dominio del hombre, pero es todavía radicalmente incapaz de someter al gobierno de la razón las oscuras fuerzas que campean en la naturaleza interna del ser humano.

Este fenómeno irracional, sólo puede ser comprendido a partir de un acercamiento al límite de lo racional, al límite del consciente, y es ahí donde se vale de las categorías de inconsciente colectivo y subconsciente personal de Jung (p. 122), y afirma que sólo a través de los mitos y la literatura, cuyas esencias emanan de las estructuras inconscientes de la psiquis, puede el ser humano llegar a una comprensión básica de lo que es el dolor como hecho universal, y de todos los componentes de su estructura vital: “La estructura de la vida simbolizada en el mito, constituye un arquetipo, esto es, un esquema que sirve de modelo o que configura a un infinito número de situaciones similares. De allí la universalidad que adquieren ciertos mitologemas” (Ibíd., p. 121).

Pero, aclaremos los términos “subconsciente personal” e “inconsciente colectivo”, para comprender mejor de qué estructuras recónditas de nuestro ser, surgen respuestas para nuestra condición radical de sufrientes, también escondido en esas áreas vitales de difícil acceso. Primero será de relevancia esta cita de Jung sobre la conciencia y el inconsciente:

A mi juicio, el inconsciente es un concepto límite psicológico en el que se incluyen todos aquellos contenidos o procesos psíquicos que no son conscientes, es decir, que no están de modo perceptibles

referidos al yo... La cuestión de en qué estado se encuentra un contenido inconsciente en cuanto no está asociado a la conciencia, es algo que escapa a toda posibilidad de conocimiento... Es también algo de todo punto imposible calcular las proporciones del inconsciente, es decir, qué contenidos abarca. (Ibíd., p. 122)

La segunda cita habla sobre el inconsciente:

En otras palabras, el inconsciente colectivo son las estructuras mentales que compartimos con todo integrante de la especie humana, y ahí se guardan nuestros instintos y los arquetipos, que dan pie a la creación de los mitos y la literatura. Estos arquetipos son, por decirlo de alguna manera, moldes en los que las personas o las naciones vacían sus preocupaciones, necesidades y aspiraciones más vitales, las que son universales para todo ser humano, pero que se expresan de diferente manera, dependiendo la cultura de cada pueblo. (Ibíd., p. 123).

Además del inconsciente colectivo, existe el subconsciente personal o individual, en el que se guardan todas las experiencias que el individuo no necesita recordar conscientemente. Pero tanto las estructuras del inconsciente colectivo como los contenidos del subconsciente personal determinan el consciente a cada momento, pues, según Jung, el inconsciente funciona como una especie de contrapeso, como una compensación de la conciencia.

Por ejemplo, una persona cuando está ebria, o cuando está soñando, es decir, cuando no está en su pleno uso de sus facultades consciente, hace o se imagina cosas que contradicen su comportamiento normal. Un hombre muy duro, estando ebrio es capaz de mostrarse sensible, decirle “te quiero” a cualquier persona y hasta romper en llanto, sacando todo lo que fue reprimido en su vida consciente. Igualmente, el más pacifista puede ponerse violento en estado de ebriedad, o mientras duerme puede soñar que realiza las peores perversiones.

Según Jung, lo más sano es mantener en equilibrio el consciente con el inconsciente, como una balanza en la que de un lado está la conciencia y del otro el inconsciente, influenciando de manera equitativa nuestra psiquis. Ambas partes son cara y cruz de nuestra vida.

En fin, esa comprensión básica de la estructura de la vida que emana del inconsciente, es la que determina la creación poética y mitológica de los individuos y los pueblos (Ibíd., p. 68), mientras que la religión, en el caso de las religiones “superiores”, sería un recurso más sistematizado para la búsqueda de la liberación del dolor (Ibíd., p. 161). Pero eso es lo importante, que este tipo de creaciones surgen inconscientemente como métodos defensivos contra el dolor.

Para Julio Fausto Fernández, el camino del dolor que realiza la humanidad en su paso por la Tierra, es un camino que conduce necesariamente a lo sobrenatural, a un escape de la historia, de nuestra propia historicidad y, por lo tanto, del dolor humano y cósmico, y su solución definitiva, la propuesta por el autor, se fundamenta en la doctrina católica oficial, que también colige una propuesta ética: “El sufrimiento sólo despliega sus infinitas posibilidades morales, cuando un alma racional acepta libremente y con unión religiosa lo ofrece a modo de holocausto al único Dios verdadero, al Dios vivo de los Ejércitos y de las Naciones” (Ibíd., p. 15). Y dirá más adelante (Ibíd., p. 317):

El cristiano sabe que jamás lo podrá comprender, pero confía en que adorando con fe y humildad al Dios del Misterio, encontrará en su corazón, ya que no en su mente, solución para las inquietudes que en su alma ha abierto el Misterio de Dios.

La solución de Julio Fausto pasa no por la renuncia al mundo del budismo primitivo, sino más bien de la entrega de amor al mundo, como es el caso del budismo posterior y del cristianismo. El sufrimiento, como lo dice Unamuno, abriría en nosotros las vías hacia la comprensión del dolor de todo lo que nos rodea, ampliando hasta la escala cósmica, y ese sufrimiento sería la vía directa a la



compasión y, por ende, al amor: “El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad” (Ibíd., p. 308).

El amor al prójimo sería una vía para llegar a Dios, así como el amor a éste tiene por consecuencia el amor al prójimo y a todo lo que nos rodea (Ibíd., 312). Contrario a la doctrina de Gautama, que enseñaba que se debía apartar del mundo, dolor y goces por igual, el que quisiera llegar al Nirvana, para Julio Fausto y para el cristianismo, el dolor y el amor son caminos que debe transitar el que quiere unirse a Dios, y, por ende, lograr la salvación, la inmortalidad:

En el dolor nos sentimos más ligados o religados a su divina Persona, a nuestros semejantes, sobre todo a los que sufren, a nuestros propios deberes; con ello nuestra vida adquiere su exacta religación, su precisa dimensión religiosa.

Es la gran paradoja del cristianismo: el reino de Dios no es de este mundo, pero sólo los caminos mundanos de la historia conducen a él, sólo la condición de finito nos llevará a la plenitud infinita (Ibíd., p. 328). Pero, para ello, el hombre tiene que “volver a nacer”, transformar su vida y su ser, para entregar su dolor y su amor a la fe en Cristo (p. 329), y no podemos esperar que exista otra vía: “La aceptación de sufrimiento por amor a Dios, se torna así en el único camino cierto de salvación eterna” (Ibíd., pp. 332-333). Y necesariamente tiene que ser la doctrina católica del cristianismo, ya que sólo la Iglesia Católica es el “Cuerpo Místico de Cristo” (p. 333).

Por lo tanto, la propuesta que da Julio Fausto Fernández al dolor humano, es la de abandonar la autenticidad, el libre albedrío que se nos ha dado, para entregarnos por completo a Cristo y al cumplimiento de Su Palabra. Es por ello que Julio Fausto nos pone a la Virgen María como un ejemplo a seguir, y de ella nos dice que “no cuenta” como voluntad y que, por lo tanto, “no existe” (Ibíd., p. 336).

Aquí se ha expuesto los vínculos de Julio Fausto Fernández con las filosofías de la vida, especialmente con el existencialismo, a estas alturas de su biografía intelectual. Y es cierta la afinidad, pues gracias a esta investigación se ha podido constatar que Julio Fausto tiene un segundo giro filosófico, que, aunque no tan radical como el primero, permite apreciar una evolución en su pensamiento. Pasa del marxismo-leninismo a un realismo cristiano que, al evolucionar, acaba coincidiendo con la rama teísta del existencialismo o, si se quiere, con el personalismo, especialmente de Miguel Unamuno y Gabriel Marcel.

Como se dijo, el autor aborda algunas temáticas que son típicas de esa corriente filosófica, como lo es la finitud humana, lo cual le hace observar a su manera el encuentro del hombre con la nada, tema también recurrente en el pensamiento existencialista, aunque se conciba de distintas maneras. También pone énfasis en la estructura de la existencia, a pesar de que sus teorías rebasan lo meramente humano. Aborda los problemas de la temporalidad y la historicidad como parte de la condición contingente de lo humano, y reconoce la influencia de factores irracionales en el comportamiento y destino de la humanidad. A su vez, como ya observamos, utiliza algunas categorías del existencialismo, tales como la de “misterio”, que procura aprehender hechos que trascienden la racionalidad.

Sin embargo, las conclusiones de su libro van más orientadas a la aceptación de la doctrina oficial del catolicismo, sin cuestionar la veracidad de sus dogmas. Esa entrega de la voluntad, esa despersonalización del individuo para *ser* la voluntad de otro, es por completo ajeno a las aspiraciones de las filosofías existencialistas.

## Capítulo IV: Crítica y conclusión.

Crítica.

Es imposible no tener una desazón al llegar al final del libro, y ver cómo el autor, después de haber cuestionado agudamente a las religiones más importantes de la historia y de la actualidad, no haga lo mismo con el cristianismo católico, ni aplique el método histórico que fue aplicado a las otras, porque, según él, ya se sabe que las otras religiones sólo tuvieron un pequeño acercamiento a la verdad, pero que en realidad no son la religión verdadera. Y da por hecho que ya se sabe que la religión católica tiene la respuesta. No es como Marcel, que declaraba abiertamente sus diferencias con la Iglesia, a pesar de ser él mismo un católico fiel. Julio Fausto, por su parte, acaba renunciando al ejercicio filosófico.

Resulta también paradójico y hasta risible, el hecho de que Fernández renuncie al marxismo por tratarse de una doctrina de odio, cuando el catolicismo ha cometido una mayor cantidad de crímenes a lo largo de la historia, y su terror ha perdurado por mucho más tiempo. Puede decirse que toma lo mejor de la doctrina católica, pero también es cierto que no se aparta para nada de lo que afirma la doctrina oficial, lo que le hace ver como defendiendo una postura servil.

Por otro lado, la solución propuesta por el autor no puede dejar contentos a quienes no son cristianos católicos ni tienen intención de ser convertidos. Tampoco se demuestra que la religión católica esté en lo cierto, así que no hay manera que el texto de Fernández convenza a alguien que, consciente de los postulados de esa doctrina, no tenga interés en seguirla.

### Conclusión.

A lo largo de este estudio, se ha dejado constancia de los acontecimientos fundamentales en la evolución intelectual del autor. Se ha podido constatar cómo se traslada del materialismo dialéctico al tomismo aristotélico, para luego acercarse a las filosofías de la vida que reivindican la incidencia de lo irracional en la vida del hombre, para luego caer en una anti-filosofía, que aspira a entregar la voluntad humana a las prescripciones de la doctrina católica.

Para Julio Fausto Fernández, el dolor es un acontecimiento irracional que, a través del hombre, expresa la condición finita de todo lo que existe en el Cosmos, que, al ser creación, no puede tomar parte de la eternidad, al menos no completamente en su estructura de creatura. Desde luego, Julio Fausto resuelve el problema por la vía cristiana, en la que se lograría la plenitud de compasión hacia todo lo que sufre, siendo el hombre la conciencia cósmica del dolor; pero el dolor siempre será inevitable en nuestra condición actual de existentes, a menos que renunciemos a esa *existencia* en el sentido de *autenticidad* o libre albedrío.

A lo largo de *Radiografía del dolor*, encontramos un buen planteamiento existencial del *misterio* (en sentido marceliano) del dolor, incluso se nos hace constar cómo el dolor ha sido uno de los grandes motores de la historia; pero no se logra una solución satisfactoria, por lo que, según el criterio del autor del presente estudio, sólo se logra un buen planteamiento y exposición de la problemática, pero queda para futuros esfuerzos humanos, solucionar el dolor humano y del mundo que nos rodea y en el que vivimos.

## Bibliografía.

**AA. VV.** (2010). *Cómo escribir textos académicos según normas internacionales* (primera reimpresión de la primera edición). Barranquilla: Ediciones Uninorte.

**Anónimo.** (1976). *Bhagavad-Gita* (primera edición). Buenos Aires: Editorial Dédalo.

**Fernández, J. F.** (1949). *El existencialismo: Ideología de un mundo en crisis* (primera edición). Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.

----- (1970). *Del materialismo marxista al realismo cristiano* (primera edición en esta editorial). San Salvador: Dirección de Publicaciones.

----- (1964). *Radiología del dolor: orígenes y proyecciones espirituales del sufrimiento* (primera edición). San Salvador: Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación.

----- (1976). *Homenaje a Maritain* (primera edición). Santa Ana: Tipografía Comercial.

**Guandique, F. M.** (2021). El itinerario intelectual de Julio Fausto Fernández: del materialismo marxista al realismo cristiano. *Revista Humanidades*, (11), 44–55. Recuperado a partir de <https://revistas.ues.edu.sv/index.php/humanidades/article/view/1853>

**Marcel, G.** (2003). *Ser y tener* (primera edición). Madrid: Ediciones Caparrós.

**Romero, M.** (2002). “El doctor Julio Fausto Fernández y el camino que hizo al andar. En *Ensayos*, Tomo I. San Salvador: Corte Suprema de Justicia de El Salvador.

**Unamuno, M.** (1951). *Ensayos* (primera edición). Madrid: Aguilar.

----- (1966). *La agonía del cristianismo* (cuarta edición). Madrid: Espasa-Calpe.